

***MUJERES DEL CARBÓN. PROTESTAS Y EMOCIONES EN LA
REESTRUCTURACIÓN MINERA ESPAÑOLA***

***WOMEN OF COAL. PROTESTS AND EMOTIONS IN THE SPANISH MINING
RESTRUCTURING***

Alexia Sanz Hernández y María Esther López Rodríguez

Universidad de Zaragoza

Recibido: 16/04/2017 - **Aceptado:** 3/05/2017

Formato de citación: Sanz Hernández, A. y López Rodríguez, M.E (2017). “Mujeres del carbón. Protestas y emociones en la reestructuración minera española”. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 74, 84-110, <http://apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/alex sanz.pdf>

Resumen

Las mujeres del carbón se hicieron visibles en las protestas del verano de 2012 trascendiendo el ámbito de lo privado y ocupando espacios de protesta y de participación en un sector claramente masculinizado abogando por “salvar” la mina; salvar un trabajo que les identificaba –a ellas y sus familias– como ser y ciudadano de un tejido social fuertemente ligado a una industria en vías de extinción. A través del análisis de discursos, traeremos las voces de las mujeres participantes en la movilización de la minería aragonesa (el origen del ruido y los motivos para el silencio) acercándonos a la sociogénesis y el sentido de la protesta. Concluiremos que si bien el contexto de crisis y falta de alternativas laborales están en la base la movilización minera, la acción colectiva femenina fue en primer lugar, expresión de un proceso de reidentificación grupal (en el que mediaban diferentes identidades, entre ellas las de género); en segundo lugar, que la incorporación de la voz femenina a la protesta moldeó discursivamente su expresión, dando centralidad a la dimensión familiar en primer lugar

y a la comunitaria después. Y en tercer y último lugar, que estas nuevas formas y narrativas generaron zonas emocionales que activaron y renovaron de modo efectivo y eficaz las solidaridades y reciprocidades articuladoras de la Marea Negra.

Palabras clave

Género, reconversión minera, identidad, emociones, solidaridad.

Abstract

Women of coal became visible in the summer 2012 protests, transcending the private sector and occupying areas of protest and participation in a clearly masculinized sector advocating "saving" the mine; to save a job that identified them and their families as a citizen of a social fabric strongly linked to an industry at risk of extinction. Through the of discourse analysis, we will bring the voices of the women involved in the mining mobilization in Aragón (the origin of the noise and the reasons for the silence) approaching to the sociogenesis and the sense of the protest. We will conclude that although the context of crisis and lack of labor alternatives are the basis of this mobilization, female collective action was first of all an expression of group reidentification process (in which different identities, between them the gender identity); secondly, the incorporation of the female voice into the protest discursively shaped its expression, giving centrality to the family dimension in the first place and to the community later. And third, and last, these new forms and narratives generated emotional zones that affectively and effectively activated and renewed the articulating solidarities and reciprocities of the Black Tide.

Keywords

Gender, mining reconversion, identity, emotions, solidarity.

1. INTRODUCCIÓN. LA VISIÓN DE LA MOVILIZACIÓN MINERA DESDE EL GÉNERO

La movilización de las mujeres del carbón en España ha significado la irrupción de un tema aparentemente menor en la agenda política nacional e internacional. Las mujeres

de la minería, mineras o vinculadas al sector, se habrían plegado a este movimiento, como una forma de decir “presente” en un conflicto laboral y productivo no resuelto, que encierra un debate sobre la continuidad o cierre definitivo de las minas carboníferas españolas (en Aragón, de las comarcas de Cuencas Mineras y de Andorra-Sierra de Arcos).

Nuestro cometido es traer las voces femeninas de la movilización minera iniciada en el verano del 2012, que se reflejó en las primeras planas de periódicos y en las cabeceras de informativos nacionales, llegando al sustrato colectivo con una carga de emotividad y empatía con alta capacidad de convocatoria. Las mujeres del carbón fueron protagonistas principales en una de las primeras mareas españolas, la marea negra, que inauguraba en España un ciclo de protestas (Tarrow, 1997) sin precedentes.

Se trataba de un sentir popular que en el contexto de aguda crisis económica hacía comprensible la lucha por preservar el puesto de trabajo; de un clamor popular que llamaba a las puertas de los legisladores y gestores de las políticas públicas, exigiendo una profunda revisión de la gestión socioeconómica de “agonías” productivas (tal el caso de la producción minero-carbonífera). Pero era además una acción colectiva que muestra otras semánticas y aristas muy sugerentes, donde lo emocional adquiere un papel axial.

2. EL CONTEXTO ECONÓMICO Y TERRITORIAL

En 1985 en la provincia de Teruel trabajaban 3944 mineros, el 83% en minería de interior y el resto en canteras a cielo abierto. La minería del carbón turolense (lignitos negros) suponía prácticamente el total de la minería aragonesa del carbón (a excepción de la explotación de Mequinenza que empleaba entonces a 66 mineros, todos ellos en minería subterránea). La evolución del empleo del sector del carbón se concretó en estos años en una lenta pero continuada disminución de puestos de trabajo agravada entre 1990 y 1991 con la pérdida de 719 puestos de trabajo, especialmente en el enclave Utrillas-Escucha-Montalban (la subzona occidental). Durante el periodo entre 1985 y 1991 se había producido una pérdida del 46% del empleo del sector en una zona caracterizada por el monocultivo productivo: la minería. En ese momento con el declive

de la histórica y gran primera empresa minera aragonesa MFU (Minas y Ferrocarriles de Utrillas), la empresa ENDESA, en la zona norte de la cuenca, contaba con la plantilla más numerosa de la zona, con el 37% del total de la minería subterránea y con trabajos en mina “Innominada” (localidades de Ariño y Alloza) y “Oportuna” (Alloza). MFUSA, con el 18% concentraba todavía una pequeña plantilla en los trabajos del Pozo Pilar de Escucha en la zona occidental. SAMCA (Sociedad Minera Catalano-Aragonesa) era la tercera con el 17% de los mineros trabajando en las minas “Sierra de Arcos” y “Cañizara” en Ariño y Cañizar del Olivar respectivamente. En 1990, Lignitos de Castellote (en la zona oriental) abandonaba su actividad minera de interior y en 1991 lo hacían MFUSA y Minas Palomar, S.A., desplazándose finalmente el grueso de la minería a la zona norte y creciendo la explotación a cielo abierto.

Ciertamente, el peso de la minería del carbón aragonés en el conjunto nacional ha sido relativo; no obstante, y salvando las distancias, cabe decir que los rendimientos en la cuenca aragonesa siempre han sido superiores a los de hulla o antracita de las otras cuencas españolas. La provincia de Teruel representaba un alto porcentaje en lo que al lignito negro se refiere, alcanzando en 1989 el 100% de la producción nacional de este mineral en explotaciones a cielo abierto. En 2011, Teruel producía el 34% del carbón nacional, frente al 30% de Asturias y el 28% de Castilla-León (en 1993 solo producía el 11%).

En treinta años, en España se había pasado de 5500 trabajadores en explotaciones de lignito negro en 1985 a 655 en 2011; para esta fecha el Ministerio de Industria había reducido las ayudas al sector del carbón español en un 63%. Así en su conjunto y en ese intervalo de tiempo, la plantilla de mineros del carbón pasaba de 53.000 trabajadores a unos 4000, cifra que cada año continúa descendiendo.

3. EL MARCO EXPERIENCIAL Y EL PROPÓSITO

Es, por lo tanto, un sector con problemas no resueltos, con expectativas frustradas permanentemente, y con excesiva y tradicional dependencia tanto de los poderes públicos como de las grandes empresas minero-energéticas. Las alternativas productivas recurrentemente buscadas interna y externamente no son efectivas tras dos décadas de

procesos de reconversión y aplicación de planes de desarrollo alternativos a la minería (el popularmente llamado Plan MINER). Es una trayectoria asumida que aún así no se cierra a una visión esperanzada ante nuevas opciones que den otro significado y destino a las comunidades afectadas y a los individuos implicados ante el horizonte que tienen ante sí: dejar de ser cuenca minera, dejar de ser minero, dejar de ser.

La revisión de la reconversión minera y la aparición de respuestas colectivas ante ella (acomodación, reivindicación o creatividad; Sanz, 2007, 2013), especialmente aquellas de carácter movilizador y reivindicativo, nos precipita entre otras cosas a la visualización de la revisión del papel de los agentes socioeconómicos principales, pero también de la vinculación/identificación de la población con dicha acción colectiva. Hoy podemos convenir en que la protesta y acción colectiva que nos rodea es sin duda un indicador de cambio social (concretado o en proceso). Y de igual modo podemos asumir que la memoria colectiva de la protesta, la reivindicación y la acción colectiva es un sustrato cognitivo-emocional que aglutina, sostiene a los grupos y puede articular consensos cuando se trata de trasladar el descontento social.

Para traer las voces femeninas hemos acudido a la metodología cualitativa de entrevistas en profundidad y grupos de discusión. Específicamente se configuró una red de informantes integrada por seis mujeres de las principales localidades afectadas, (Andorra, Ariño y Utrillas), de distinta edad, condición social e identificación ideológica. Además se realizaron dos grupos de discusión con otras siete mujeres de la zona. Asimismo, la investigación contempló otras 22 entrevistas realizadas a profesionales, sindicalistas y mineros.

Nos interesaba especialmente captar el marco emocional y experiencial de este colectivo femenino para aportar claves interpretativas y entender las semánticas vinculadas al sentido de la movilización y su papel protagónico en ella. Para ello, aquí haremos una rápida revisión del papel de las mujeres en los procesos de conflictividad en la zona para pasar después a los componentes explicativos y diferenciales de los movimientos más recientes. En este punto, tres coordenadas-líneas directrices han guiado nuestro análisis: el contexto de aguda crisis y la falta de alternativas productivas en la zona, las redefiniciones identitarias del colectivo minero como clase/estrato social

y de las localidades como comunidades mineras, y en tercer lugar el componente territorial y de sostenibilidad (económica y comunitaria). Mediando en todo ello aparecerán las diferentes identidades (de género, ocupacional, de pertenencia de clase o comunitaria), instando a una acción colectiva sustentada en la solidaridad y hecha posible gracias a la flexibilidad de lo emocional que activó los vínculos que están en la base de estas protestas.

4. PROTESTAS, MOVILIZACIÓN Y GÉNERO

Una clave interpretativa relevante que se halla en la base de las movilizaciones del verano del 2012 y sucesivas contra el cierre de minas en Aragón, tiene que ver sin duda con cómo se ha venido construyendo la identidad colectiva en las cuencas mineras y, aunque nuestra intención no es la detenernos en esta cuestión, no podemos obviar este componente mediador en expresión de la movilización colectiva.

La protesta minera ha tenido históricamente un fuerte (pero no exclusivo) componente laboral y sindical (consecuentemente, la mujer ha permanecido en la sombra). La estudios históricos sobre movilización colectiva en España nos aportan una cartografía que sitúa la mayor parte de los movimientos de protesta muy focalizados en determinadas zonas urbanas altamente industrializadas (sin duda el colectivo minero especialmente de Asturias ha protagonizado hechos históricos emblemáticos y recurrentemente rememorados). Eso ha hecho pensar en muchas ocasiones que la movilización era un proceso urbano (máxime cuando en Aragón se ha dado el dualismo medio rural/capital zaragozana de modo acusadísimo, moldeando las relaciones de poder en el territorio), clasista o reactivo a las consecuencias negativas de la “modernización” reconversora, al sentirse desclasados (dirán algunos autores herederos del funcionalismo de los 40 y 50).

Todo ello ha contribuido igualmente a la construcción de un imaginario colectivo que vincula a la población rural (al tradicional campesinado) con actitudes de pasividad, y aquiescencia: “un pueblo al que solo le resta el instinto del animal herido e impotente: por eso se contenta con huir o emigrar” (Lucea, 2009: 12, citando a un notario de Crevillente y sus *Apuntes para la Historia de la Ruina de España*, siglo XIX). Ese

mismo imaginario incorpora la percepción de que en el caso de que la protesta prospere hacia batallas claramente desiguales, su papel sin duda será el de perdedores (antes incluso de haber iniciado su lucha). Paralelamente el imaginario ha completado esta imagen con otros tópicos referidos al colectivo minero, y por extensión a las comunidades mineras que, primero observadores y literatos, y luego, medios de comunicación, han ido construyendo. Es una imagen tan épica/mítica como castigada por atributos con los que habitualmente se ha retratado al minero (Jacques Valdour, 1988, citado por Lucea 2009, Sierra Alvarez, 1994).

Sin embargo, los diferentes estudios sobre conflictividad en la región (por ejemplo, Lucea, 2009:191) ponen de manifiesto que esta no era de hecho mayor en estos núcleos mineros que en otros agrarios, en parte al no darse una afluencia extrema en la llegada de obreros foráneos y en parte al estar la mayor parte de las plantillas mineras conformadas por gente de la zona. Este origen mayoritariamente campesino del colectivo obrero minero y la estacionalidad laboral es común a todas las cuencas minero-carboníferas españolas (ver por ejemplo, para el caso asturiano, García, 1996; Shubert, 1984).

Al pensar en mano de obra minera, el imaginario (también en reconstrucción), remitía a hombres duros que trabajan en un sector poco atractivo, pero bien remunerado. Dicho imaginario está cambiando con la reconversión.

“El trabajo de la minería se percibía como duro. Después con las prejubilaciones y lo que se ha visto, ya no se ha percibido como tal. Lo que se ha visto es que por ser minero, se han tenido una serie de privilegios y ventajas que el resto del territorio no lo ha tenido” (E04) [1].

El trabajo en la minería, muy bien remunerada tanto en la fase activa, como en la pasiva –hecho polémico y contradictorio como plantea la informante–, ha convocado masivamente a hombres, perpetuando su rol de productor, dejando el de reproductora a la mujer. Esta se ha mantenido fundamentalmente en el ámbito privado, ajena al sector

¹ Al final del artículo se ha incorporado un listado con las referencias de los informantes, entrevista o grupo de discusión, cuyas manifestaciones son citadas en el texto.

económico dominante y masculinizado del entorno. La minería ha venido siendo un trabajo de hombres. Pero la mina con su gran capacidad para cambiar los entornos, especialmente los rurales, afecta a todos por igual sin distinción de edad, sexo o condición; impacta en todo “el pueblo”. Este pueblo ha estado en movimiento aunque haya pasado inadvertido para el científico-social. La elevación de sus voces ha sido algo más que “rebeldías primitivas” parafraseando a Hobsbawn, o empecinamientos absurdos. Ha sido catalizadora del orgullo perdido, que en tándem con la nostalgia del sentido identitario en transición, ha producido un discurso reivindicativo a veces incomprensible desde el exterior.

La protesta ha tenido un complejo componente político y relacional que en la última centuria en la zona ha emergido en numerosas ocasiones. El papel de las mujeres ha sido clave en protestas de carácter claramente “social” que superaban siempre los límites de la mina. Importante o al menos visible fue el papel de la mujer en procesos de protesta documentados por Lucea (2009, 519-530) a principios del siglo XX como los motines por consumos (Calanda, 1892, Oliete, 1903, Ariño, 1904, o Alcañiz, 1905), en menor medida protestas de carácter político (alborotos carlistas contra liberales locales en Calanda, 1902; agitaciones políticas en Alcañiz, 1897), reivindicaciones territoriales (trazado ferrocarril o supresión del servicio de trenes de Alcañiz, 1894, 1899), o protestas contra abusos de los poderes locales –alcaldes, curas...– (Alloza, 1906 o Montalbán, 1921).

Igualmente ha sido secundario en todos los procesos reivindicativos que a lo largo del siglo XX se han testimoniado en la zona: las primeras protestas obreras protagonizadas por los obreros del ferrocarril a lo largo del día 5 de junio de 1902, los continuos enfrentamientos en los inicios de los 30 entre el Sindicato Minero de Montalbán que agrupaba obreros de Utrillas, Escucha, Montalbán, Palomar de Arroyos, con la empresa Minas y Ferrocarriles de Utrillas (Aldecoa, 2008: 124), las huelgas en toda la minería española, con la asturiana a la cabeza de finales de los cincuenta, en las que se reclamaban sustanciales mejoras salariales (que se recrudecerían durante la segunda mitad del régimen franquista, especialmente en los 70), o el encierro en 1985 en la mina Luisa.

Este último conflicto de finales de 1985 fue el primer conflicto minero serio tras el inicio de la transición e inauguraba formas movilizadoras más modernas, un cambio en la historia huelguista y reivindicativa, no solo a nivel local sino también en el escenario nacional (Shorter y Tilly, 1974; Klandermans, 1994; Luque, 2013).

El encierro en la mina “Luisa” de la Compañía General Minera de Estercuel, con un papel activo de ugetistas, fue el conflicto más particular de Aragón en esos años (Bernad, 2000: 259- 264). Treinta años después, el detonante de aquel conflicto suena muy actual: las negociaciones sobre el cupo del carbón a adjudicar a la central térmica de Andorra. Los planes del gobierno por un lado y de ENDESA por otro conformaban igualmente el escenario entonces; un escenario que apenas ha cambiado de forma ni de protagonistas, de no ser por la aparición y asunción de mayor protagonismo por parte de las mujeres que invaden la calle, sin una premeditada estrategia pero con voz clara y alta, y ganándose el apelativo de las “mujeres del carbón”.

Sentían, y cuentan, que querían defender en la calle lo que se decide en despachos alejados del futuro del ser y del sentido comunitario en sus pueblos, de modo que en el verano de 2012 se movilizaron como parte del colectivo minero, sumándose al movimiento de *mujeres del carbón*, como efecto llamada de las mujeres de la minería leonesa. Este movimiento fue el disparadero de emociones como el miedo, la angustia, la rabia, la frustración o la tristeza, fruto del contexto social y el impacto a nivel relacional de la reconversión en ciernes (Bericat, 2000: 147). Fue la expresión de una minoría pocas veces oída o representada que estuvo presente y se unió a las reclamaciones justificadas en el discurso por la incertidumbre ante el futuro incierto y el temor a la desintegración comunitaria:

“... No hay nada alternativo y si se acaba la minería se muere mi pueblo y yo no quiero eso” (E01).

Participaron en todas las expresiones de acción colectiva, –tanto pacíficas, como conflictivas– con el siguiente convencimiento:

“... si hubiera sido todo totalmente pacífico, hubiera sido como en otras ocasiones: que no nos hubieran oído” (GD1, I1).

Dejar de ser minero conlleva un proceso de adaptación al nuevo significado de clase, una reubicación en el tejido social y una reidentificación comunitaria.

“...Hay un trasfondo de decir que nosotros hemos sido siempre mineros, a ver ¿quién va a venir aquí? ¿Europa va a decir que ya no seguiremos siendo mineros cuando toda la vida hemos sido mineros? Nuestra zona es minera.” (E04).

La directiva europea de control de emisiones y retirada de apoyos a la producción minero carbonífera está implicando una necesaria reconversión del tejido productivo hacia la búsqueda de nuevos nichos de empleo. No obstante, *dejar de ser* ha activado una reflexión profunda del *deber ser* que no termina de entenderse sin la mina.

Además, dejar de ser minero también conlleva una reidentificación de género. De trabajador en activo a pasivo, existe un territorio de identificación desconocido que las mujeres temen, ya no por ellas sino por la generación siguiente. Ante la irremisible pérdida de la condición de trabajador de sus compañeros, el más allá les preocupa para sus hijos (esta dimensión familiar aparecerá amplificada en el discurso femenino frente al masculino). El relato sobre la pérdida de identificación de clase, respecto de un trabajo que en tanto existe da sentido al arraigo y permanencia en un lugar, se está reelaborando a sí mismo. Al mismo tiempo, emerge un temor velado por la pérdida de identificación de rol: esposa de minero. Una apariencia del ser del modo en que lo describió Goffman (2009); en este caso: la mujer de minero se ha presentado en la sociedad minera, como compañera, como actriz pasiva y receptiva de los cambios sociales o de la inacción consecuente. El proceso de cambio exigirá un ejercicio de aprendizaje profundo del sentido y la conciencia de sí.

En el contexto minero, la mujer mantiene un rol secundario y por tanto el poder de decisión en sentido amplio se concentra en los hombres. Sin embargo, el proceso de reformulación identitaria y de clase, también le es algo propio. Pero, ¿podemos entender

que en la sociedad moderna y pasada la revolución feminista, los movimientos sociales y la legislación por la igualdad de género, exista un reducto social donde la mujer tenga una condición pasiva y receptiva al devenir de las transformaciones y en este caso, reconversiones productivas? El sentimiento de dejar de ser lo que tradicionalmente se ha sido, puede empujar a la pasividad y silencio o, en cambio, a la reclamación por mantener vivo lo propio. La pérdida de la condición de minero, para sus cónyuges –las mujeres– transforma el ser del espacio en el que habitan; cuestiona las razones de la permanencia en él, y las retrotrae hasta los motivos por los que habitan un lugar. El arraigo alienta la protesta, porque lo que fue un sitio de paso o de trabajo, ahora es un espacio con sentido y practicado. La identidad se “atrinchera” tras un marco de roles tradicionales, clase social y trabajo masculinizados pero encuentra nuevos modos de expresión (Castells, 2000).

5. EL SENTIDO DE LA ACCIÓN COLECTIVA EN CLAVE DE GÉNERO: “SÍ AL CARBÓN”

Salvar la mina es salvar los pueblos mineros. Este aparente sin sentido debe ser atendido y su relato debe ser narrado con la propia voz de sus protagonistas. Al fin y al cabo la búsqueda del sentido es para la sociología el fundamento del análisis de la acción social (López, 2001: 189). Las “mujeres del carbón” han buscado con las movilizaciones y reclamos un camino de reafirmación de su condición de tales. Han vuelto a la palestra con ese tema no resuelto de la minería y las cuotas del carbón y en ese viaje al pasado grupal e individual, lanzan a futuro un desafío a la presente generación para dar alternativas para la siguiente, y a la par se reivindicán a sí mismas y se visibilizan como colectivo activo.

Sería cómodo atribuir a la movilización un “sin sentido” por contradictoria o al menos por extemporánea. ¿Cómo es posible que en sociedades globales, concienciadas con el medio ambiente y la calidad de vida, un grupo de mujeres solicite “salvar la mina”, defender el trabajo minero, y preservar la actividad en un sector mayoritariamente cuestionado por ineficiente, insalubre e impopular?

En primer lugar, cabría hacer una reflexión en torno a esta acción colectiva en clave identitaria, tanto en lo que se refiere a la identidad ocupacional como a la de pertenencia de clase.

La sociología española de los sesenta llamaba la atención sobre el *aburguesamiento de la clase obrera* (sujeto social identificable políticamente), aunque autores como Tezanos (1982:194-195) respondían al interrogante *¿crisis de la conciencia de clase?*, enfatizando una evolución –más que un declinar–, hacia una nueva conciencia de clase conformada por “los muy diversificados y plurales sectores de trabajadores de las complejas sociedades tecnológicas del siglo XX”. Pasados los ochenta algunos autores seguían constatando la desestructuración de la clase obrera en España (Bilbao, 1993) y evidenciaban el viraje hacia la utilización terminológica de la noción de *ciudadanía* –no sin mencionar el tránsito por la categoría de “*fuerza de trabajo*” (*productores* en el periodo tardo franquista) como agregado de individuos apolitizados enmarcados en el mercado laboral–. Igualmente, por entonces desde la Antropología se ahondaba en la desaparición del discurso jornalero o se ponía de relieve la influencia de las prácticas paternalistas y estatales en el *self* minero (García, 1996).

Todos estos estudios tenían en común su interés por ahondar –y confirmar– la reestructuración global del modelo económico que los años 70 plasmaron y profundizar en los efectos que la aceptación dominante de la racionalidad capitalista/neoliberal había generado en la estructura clasista española. Ni entonces ni con posterioridad el “sentido obrero” (que históricamente tuvo su expresión más estructurada en los discursos político-sindicales de ciertas formaciones de izquierdas) se ha visto plenamente reflejado en el orden político, al no aspirar este a la transformación sino, más bien, a la administración de ese orden social. Sin embargo, y paradójicamente apenas lo ha cuestionado. Y no solo eso, por ejemplo, los discursos y acciones sindicales han encarnado ambivalente o secuencialmente dichas realidades: la confrontación/reivindicación y la negociación/gestión del nuevo orden socioeconómico que se ha ido construyendo.

También el *self* minero de la zona se ha ido reconstruyendo conforme se avanzaba en los cambios y reestructuraciones del sector. La identidad campesina originaria de los

mineros aragoneses ha seguido de una manera u otra presente y el activismo político-sindical ha estado fuertemente vinculado al componente de instrumentalidad en mayor medida y al componente ideológico después. Las mujeres, paradójicamente, han participado más activamente de la vida comarcal política y sindical con el inicio de la reconversión minera; obviamente este periodo coincide con la incorporación de la mujer al mercado laboral español y la ocupación de más puestos con mayor visibilidad en estructuras y grupos ciudadanos organizados. Y es que la reconversión lleva parejo un giro del foco de atención hacia nuevos colectivos, entre ellos las mujeres, hasta entonces dependientes y pasivas por varias condiciones, en tanto que mujeres, y también en tanto que residentes de un contexto rural con escasas alternativas de empleo que tenía su productividad asentada casi con exclusividad en la minería.

No puede negarse que la mina ha sido el dispositivo identitario por excelencia que ha aglutinado, por un lado, al mayor colectivo profesional y de clase de la zona (con su jerarquización interna que ahora no nos corresponde analizar) y, por otro, a las diferentes comunidades. El paso del dejar de ser al deber ser es complejo y genera todo tipo de respuestas colectivas como hemos indicado. La mina forma parte de una manera u otra del *self* comunitario dado que toda la población ha sido dependiente, si no directa, sí indirectamente, de dicha actividad. Precisamente es en la relación individuo/colectivo en donde se ha presenciado la mayor transformación, en parte por la alteración de los cimientos sociales favorecedores de la exaltación de lo colectivo en la población minera. Hemos mencionado ya algunos elementos que sin duda refuerzan los particularismos en estos contextos mineros, por un lado esa herencia campesina que ha permanecido, pero por otro la tendencia a la segmentación de la “clase obrera” y el surgimiento de diferencias entre trabajadores que van vinculadas a cada situación individual: prejubilados, mineros en activo, en plantilla o subcontrata, parados, “reconvertidos”... El proceso se ha vivido en toda la industria española mostrando una tendencia que Pérez Yruela describía así: “un proceso de incremento de los profesionales pero de disminución del profesionalismo, en particular de los rasgos de identidad, distinción y corporativismo...” (Pérez Yruela, en Serrano, 2000: 205).

En este proceso de redefinición del *self* profesional y consecuentemente comunitario sin duda el papel que los sindicatos jugaron en la construcción y sostenimiento de lo

colectivo se ha desvanecido en gran parte, hasta el punto de permanecer en un segundo plano cuando las amenazas sentidas como riesgo inminente provocaron las movilizaciones del verano de 2012.

Ciertamente, desde la transición democrática, los conflictos y movimientos sociales en España han ido adquiriendo nuevas formas que acompañan al movimiento analizado aquí. Cabría destacar la pretensión de desideologización, de desindicalización (el papel de los sindicatos fue de mero acompañamiento), de despoltización (intencionadamente la ciudadanía no quería instrumentalizaciones políticas) y de inclusividad (invitando a toda la ciudadanía a sumarse al movimiento). Es en este último marco (el de pretensión de inclusividad), en el que planteamos el segundo nivel de análisis, en clave del género.

Este tipo de reivindicaciones también están vinculadas con el nivel político de la transformación que afecta a lo personal, individual y comunitario: lo que afecta al trabajo de sus hombres, irremediablemente afectará a la familia y a la comunidad. La política y el proceso de toma de decisiones desde una perspectiva de género en este contexto, debe medir el impacto social de estas afectaciones económicas en los entornos vulnerables, de monocultivo productivo.

La mina ha posibilitado que los hijos de la clase obrera alcanzasen una acomodada clase media, erosionada ahora:

“Había una clase media (...). Pero ahora sí que vemos que el futuro de nuestros hijos no va a ser ese...” (E05).

Percibiendo su discurso desde el rol de cuidadoras y reproductoras, podemos aún comprender más la salida al espacio público, porque desde “la barrera” de lo privado no pueden seguir mirando cómo se desmoronan los cimientos comunitarios y cómo se condiciona el futuro de la siguiente generación condenándola a la emigración o la huida. Desde la mirada política, las mujeres se ubican en el espacio público (un sector masculinizado) como actrices reivindicativas. Esta irrupción recupera el espíritu del movimiento feminista de hacer político lo personal captando quizás por ello mayor adhesión y empatía y entroncando con la preocupación generalizada que embarga a

aquella cada vez mayor parte de la sociedad española que reclama protagonismo inclusivo de todos los sectores sociales en el proceso de toma de decisiones.

“Una cosa era defender el puesto de trabajo pero también estaban pensando en lo que podía quedar en esta comarca y en las familias (...). Así que decidimos (...) también agruparnos nosotras y hacer acciones también nosotras” (E03).

La participación de la población en los conflictos y protestas visibiliza por un lado la existencia de un foro proclive a la participación de todos. Todos tienen posibilidad de participar aparentemente en iguales condiciones (trabajadores de la mina, mujeres, jóvenes, desempleados, jubilados...). Sin embargo, una vez más no se hace sino reproducir y asignar diferentes papeles, apareciendo de nuevo la paradoja de la inalcanzabilidad de la inclusividad.:

“Nuestros maridos se habían encerrado; nosotras dijimos: ¿Qué podemos hacer nosotras?” (E02).

En cualquier caso, esta movilización supuso un retorno al pasado minero, en el que la mina ha sido la aglutinadora global de la población pese a las diferencias visibles que hay entre esta.

Todos están afectados por el cambio y es necesario oírlos y desde este punto de vista, esta movilización (pretendidamente no sindicalizada, ni politizada, aunque sí mediatizada), representa el relato de la agonía mal gestionada de todo proceso de reconversión productivo afrontado con decisiones no consensuadas, forzadas y ajenas.

“...Sobre las ayudas que estuvieron dando algunas cosas estaban bien, pero es que tendrían que haberlas enfocado de alguna manera previendo lo que iba a venir. Y las cosas que vendrían para nuestros hijos...” (GD1, I2).

Queríamos profundizar en las razones subyacentes a la acción colectiva de las mujeres y su sociogénesis y naturaleza (espontánea, empática o inducida ideológicamente...). En este sentido podemos destacar cuatro componentes significativos.

En primer lugar, se pone de manifiesto la ausencia de reflexión colectiva previa a las movilizaciones, más bien las informantes nos hablan de una progresiva y lenta toma de conciencia paralela a la acción que la (re)forzó:

“Ahora sí que estamos tomando conciencia realmente de los problemas que vamos a tener porque hasta ahora, no nos dábamos cuenta” (E05).

Segundo, el movimiento se sirvió de manera aparentemente espontánea y poco premeditada de la imagen social de lo minero. El imaginario colectivo (y el marco valorativo a él unido) vinculado con lo minero está muy arraigado y permeabiliza fácilmente en el resto de la sociedad. No solo en el entorno más inmediato sino en toda la sociedad española empatizó con el primero de los movimientos de protesta en este nuevo período de “recortes”, la primera marea: la negra.

Tercero, en el relato ofrecido por las mujeres, el detonante inmediato que provoca la acción más mediática, se sitúa en el encierro y la huelga de mineros en los pozos y minas españolas y la posterior convocatoria por parte de las “mujeres del carbón” de las comarcas mineras leonesas a marchar hacia Madrid.

“Hemos ido a cortar carreteras, hemos ido a Madrid de manifestación con los mineros; hemos ido solas, en unión con las de León y las de Asturias, estuvimos en el Senado; hemos estado hablando con la (Luisa Fernanda) Rudi; hemos organizado marchas nocturnas; hemos hecho pulseras para vender y poder ayudar a la gente, (...) en fin pues todo lo que hemos podido y todo lo que se nos iba ocurriendo. (...)” (E02).

Estas acciones suponen la ruptura de los límites domésticos de lo privado proyectan a las mujeres hacia lo público recuperando vivencias que creían aletargadas: solidaridad, camaradería, reciprocidad... que una vez más la mina es capaz de activar. En este trayecto hacia el exterior, las mujeres, hasta ahora silenciosas, pacientes y pasivas, dieron un golpe de tacón [²] enarbolando sus propias pancartas y liderando una “lucha de la clase trabajadora” que es más que eso.

“Hacia 30 años que los mineros no se movían como se están moviendo y hemos hecho que el resto de la clase trabajadora y que ahora está en paro, que reaccionen; por lo menos luchar para que sea eso, para mantener el territorio...” (E01).

Cuarto, internamente el movimiento no estaba exento de nostalgia, melancolía y añoranza de lo que no se puede volver a ser. Y ese fue el mayor aglutinador de la acción social, la lamentada pérdida de solidaridad que relacionan con otros tiempos de más fuertes socialidades. Durante unos pocos días se superó el llamado síndrome del naufragio, por el que la sociedad se convierte en una agrupación de individuos insolidarios, al que el desdibujamiento de lo colectivo conduce (Bilbao: 1993: 141).

Por todo ello, las movilizaciones mineras son narradas como un antes y un después en el sentir y actuar de las mujeres de la minería aragonesa al haber avivado un clamor colectivo por el protagonismo, la visibilidad, y la autodefensa incondicional ante el temor a la desintegración y la búsqueda de sentido a la propia existencia y a la de sus comunidades amparándose en la defensa de un sector productivo agonizante y casi extinguido, que no obstante ha sido capaz de reavivar solidaridades olvidadas cohesionando a la comunidad y cargándola de significado:

“Ahora hay algo que nos une de verdad a todos (E02)”.

Ese *algo* podemos interpretarlo desde la perspectiva maffesoliana cuando habla de solidaridad de carácter complejo asociada a la interacción, donde la dimensión emocional-afectiva tiene una relevancia notable:

² “A golpe de tacón” (2007) corto de Amanda Castro sobre la movilización de mujeres durante la huelga de mineros asturianos de 1962.

“A mí me pareció muy emocionante, que se juntasen todas las mujeres para luchar por el futuro de sus hijos, porque realmente es el futuro de sus hijos.” (GD1, I3).

Esta dimensión podemos anclarla en lo que Collins denomina “socialidad del aquí-y-ahora” que encadena las interacciones cotidianas con lo social sistémico (2001:33-34), que es capaz igualmente de proyectarse hacia el futuro:

“Yo creo que lo que ha quedado es que ha habido mucha unión y a mí eso me parece importante....” (E01).

La acción colectiva queda en la memoria de las informantes como la recuperación y (re)actualización del estar-juntos y consecuentemente la base de la “energía emocional” de la que habla Collins.

El espíritu cohesionador del trabajo de la minería es poderoso, aún en la controversia. Así mujeres que no son “del carbón”, aun desde la crítica, comprenden y acompañan el temor y la preocupación por solidaridad y responsabilidad social comunitaria:

“Yo sí que empatico y entiendo el que estas mujeres se hayan movilizado... en esta zona hay muchas familias que dependen de este trabajo vinculado a la minería. Entonces, es lógico que estas mujeres se movilicen. Sí que es cierto que no entiendo por qué y ya desde hace años, no se han movilizados o no nos hemos movilizado para buscar una alternativa en nuestra zona. (...) Cómo a nivel sindical, a nivel político, a nivel social, las propias mujeres del territorio no están planteando qué va a pasar con nuestros hijos. ¿Se va a solucionar el tema porque nuestros maridos, nuestros padres trabajen dos años más en la mina? ¿Qué vamos a hacer después?” (E04).

En contraposición, en esa alta carga emotiva y expectativas vinculadas a las movilizaciones parece residir igualmente parte de la frustración/aprendizaje colectivo posterior. La “energía emocional” se consume y tras ello la realidad siempre se impone. La solidaridad que se crea desde abajo debe ser atendida y mantenida y el discurso que puede mantenerla viva tiene como hemos visto dos dimensiones esenciales: la familiar y la comunitaria, además de nuevas narradoras y mantenedoras: las mujeres. Así que la noción género articula y media de modo diferencial la narración sobre las movilizaciones.

Para profundizar en estas cuestiones en concreto se diseñó un grupo de discusión en el que se provocó un debate introduciendo dos ideas vinculadas a la reconversión: *cierre* y *cambio*. Esto se hacía necesario para que el discurso abandonara lugares comunes y culpas ajenas y se avanzase en la observación del impacto que en las mujeres producía la reconversión y en el posible papel que podían jugar en las opciones de cambio social. El análisis descubre varios planos pero es el individual el que vamos a rescatar en este texto.

En el plano individual emergen trayectos que nos remiten a la tímida re-construcción identitaria de género y a un cambio en el papel que las mujeres querrían jugar en el proceso de cambio comunitario.

“No hay voces que estén diciendo: vamos a pararnos, vamos a ver que va a pasar con el futuro. Vamos a ver cuál va a ser la calidad de vida de nuestra zona. (...) La voz de las mujeres en este sentido no se ha oído...” (E04).

Ya se ha explicado que el sistema de género tradicional, como el que se construye en entornos rurales sujetos a sistemas productivos masculinizados, otorga a la mujer un rol de género como cuidadora-reproductora. En las localidades estudiadas las mujeres representan ese perfil: muchas de las participantes en el grupo de discusión no trabajan fuera del hogar y viven de la producción masculina. Pensar que esto cambiará, les somete a una profunda reestructuración personal, que está afectada por la política que pretende dar nuevo contenido al territorio que habitan y por el descubrimiento personal

de que esto es necesario ante el abismo en el que se encuentran. Estas mujeres sujetas a una identidad vinculada a su rol de esposa o madre de mineros, sienten cómo se transforma el ser colectivo, afectando el propio.

“Yo siento gran tristeza, porque mi abuelo fue minero, era andaluz y vino aquí por ello y mi padre es gallego y vino aquí por ello y yo me quedé aquí por ellos...” (GD2, I4).

Hay que buscarle un nuevo sentido al sí mismo en el marco de una comunidad que ya no será minera; habrá que encontrar un nuevo ser.

El tiempo de escucha y habla del grupo de mujeres se inicia con manifestaciones del desasosiego, la incertidumbre ante el futuro, y la autoculpa por la inacción o la acción mal encaminada.

“Yo creo que hemos visto que la culpa es realmente nuestra. No podemos esperar que ni desde el gobierno, ni desde fuera de nosotros, se haga algo por nosotros...”(GD2, I4).

Es un proceso en el que la narración es pedagógica; las mujeres empezaron cargando de responsabilidades a gestores, políticos locales y externos, para acabar manifestando su comprensión de la realidad (“...es que ha sido una llamada de atención clara”, GD2, I1), compartiendo sus temores (“... miedo, porque si ahora mismo cierran va todo en cadena”, GD2, I2), e intercambiando nuevamente energía emocional renovada que las acerque a un futuro más prometedor del que se sienten más protagonistas:

“Responsabilidad (...) Yo creo que tiene que ser un punto, un primer paso para una alternativa. (...) Es que tenemos que ir a algo más...” (GD2, I3).

Son precisamente las voces más jóvenes las que llaman a la responsabilidad, a buscar alternativas, a luchar por sobrevivir y crear y no por huir y buscar horizontes más allá del pueblo. En el grupo de discusión se produjo un intercambio de relatos

intergeneracional muy sugerente que confirma la búsqueda del sentido desde el tránsito del pasado hacia el futuro, pasando por la des-identificación y reconstrucción identitaria para encontrar el deber ser o el ser en sí mismo:

“Es que no luchamos por ver otra iniciativa. Estamos luchando para que no lo cierren, realmente. O sea la lucha es para que no cierre, no es para decir a ver qué vamos a poner entre todos, a ver qué vamos a hacer” (GD2, I5).

Todas son conscientes, en el relato y en el silencio, de que hay un proceso de reconversión en marcha que afecta todas las esferas de la comunidad y que están haciendo un camino de ida y vuelta de lo político a lo personal. Aunque existan posiciones de trinchera, de resistencia a dejar de ser, crece el sentimiento de asumir necesariamente que ya no se es minero y que el pueblo dejará de ser minero. Aún sin sobreponerse, la voz de la nueva generación intenta construir una nueva identidad post-minera que requiere de la complicidad de la comunidad para concretarla; de la destrucción de las barreras de resistencias aferradas al pasado que agoniza.

Es en la reflexión sobre *cambio* necesario e irreversible, el de mañana y el que se viene produciendo desde hace 20 años, donde no falta el cuestionamiento a la gestión de esta agonía por parte de los gestores políticos; y la falta de iniciativa de la propia comunidad que podría albergar una de las causas del abismo que parece representar el día después del cierre de la mina. La falta de complicidad por asumir el cierre y el compromiso por enfrentar el cambio, hace que las mujeres sientan a la vez impotencia e indignación por el desacierto en la toma de decisiones y la ausencia de propuestas comunitarias. Y una vez más, volvemos a encontrar sentido a la protesta de las “mujeres del carbón”, que asume la culpa y el sinsentido de no haber hecho lo suficiente en la búsqueda de nuevas vías de salida a la cuestión minera desde el punto de vista laboral y social.

Llegados a este punto, a la luz de lo dicho por las mujeres, se ha percibido una energía que podría permitir afrontar las dos palabras que más zozobra han producido en todo el estudio y que remiten al temor a la desintegración comunitaria: *cierre* y *cambio*. Y en esa incipiente voz de la nueva generación podría estar la pista de cómo afrontar un

escenario post-minero y la necesaria redefinición del *ser/self* minero, una vez la mina ha cerrado. Una reconstrucción identitaria en localidades donde incluso su comarca se denomina: Cuencas Mineras.

Aunque persiste la resistencia y se trasluce en la voz de las entrevistadas, hemos entendido que es por temor, por desconfianza, por incertidumbre. Alcanzar una nueva identidad personal, familiar y comunitaria, hace necesaria la superación de la fase de resistencia que se une al deseo de hallar respuestas para la generación siguiente. Desde allí se construye buena parte del reclamo a los gestores políticos: un apelativo a la responsabilidad.

La búsqueda de esa nueva identidad, desde una mirada de género se articula en los discursos con el sostenimiento de la familia y la supervivencia de los pueblos, garantizando el futuro de la generación siguiente. Tiene más que ver con qué haremos para que esto no muera, que con lo que seremos tras la muerte anunciada. La mujer desde su espíritu de adaptación a todo contexto, reivindica para dar valor a lo comunitario desde una posición de atalaya para vislumbrar lo que viene y valorar si será bueno y en qué medida su intervención es necesaria para garantizar la cohesión, captar compromisos y recoger adhesiones para la causa: salvar el pueblo. Los hombres mineros necesitaron a las mujeres para mejorar sus condiciones laborales en los 60, hoy necesitan de su apoyo para encontrar sentido a la pervivencia comunitaria y ratificar los motivos que permitieron enraizar un sentido de clase profesional que ha dado significado al colectivo. En la búsqueda del elemento cohesionador de la comunidad, se exige que las iniciativas salgan de la propia ciudadanía. Es el relato que resume un “hasta aquí hemos llegado” y tenemos que acompañar las decisiones con políticas más acertadas, promovidas participativamente y con la imbricación en el nuevo tejido productivo a crear en tanto llega el día después.

6. APUNTES FINALES

El análisis del movimiento de defensa del carbón en las cuencas mineras aragonesas en clave de género nos acerca a la observación de tendencias generales testimoniadas en otros entornos en relación con las nuevas formas de protesta que la sociedad española

está desarrollando en el momento actual. Estas no están directamente vinculadas al actual contexto de crisis económica pero sin duda fueron activadas y agravadas en su causa por ella y de igual modo en sus consecuencias e impactos, al ser mucho más receptivos tanto los medios de comunicación como la sociedad en general.

Tampoco podemos decir que la reestructuración de la condición del *self* minero esté tras dichas manifestaciones como elemento determinante; la reestructuración de la clase profesional del minero se ha visto acompañada de la consiguiente transformación en la manera en que la profesión se entiende.

En cambio sí que debe entenderse que tras el papel activo de las mujeres hay, sin duda, una pretendida intención de cambio de roles (eso sí asumiendo la complementariedad jerarquizada y asentada en la imagen tradicional que impone la minería), y el “empoderamiento” femenino de una generación más formada y más participativa capaz de aglutinar y hacer partícipes a aquellas que solo lloraban mientras sus maridos se encerraban en la mina para reivindicar mejoras laborales. El colectivo femenino ha asumido que pese a ser un contexto masculino por excelencia, la mina (cuyas explotaciones habitualmente llevan nombres de mujeres en esta zona) garantiza la pervivencia de su estructura familiar y comunitaria y consecuentemente garantiza su presente y su futuro.

Resumiendo, el movimiento en defensa del carbón ha tenido rasgos compartidos con los actuales movimientos sociales, entre los que destacamos:

- Aumento de la informalidad y alejamiento de estructuras formales como partidos políticos o sindicales: despolitización tras el proceso contrario que se vivió con la llegada de la transición democrática. Los sindicatos siguen para no quedarse fuera el ritmo marcado por otros y la ciudadanía rehúye la presencia/acción de partidos políticos y la instrumentalización de su “causa”.
- Desideologización intencionada que deje la puerta abierta a cualquier ciudadano. Estamos ante una inclusividad buscada, asentada en unos casos en la llamada a la solidaridad y en otros simplemente a la suma de complicidades.

- Doble proceso que implica territorialidad (defensa de lo local y comunitario) por un lado, pero también desterritorialización al aspirar a sumar la reciprocidad externa más allá del entorno propio (otros colectivos profesionales, otros entornos mineros, otros territorios en reconversión industrial, la sociedad española o la europea).
- Feminización que se concreta en un mayor protagonismo de las mujeres y la aceptación de un papel más activo en defensa de lo propio.

El escenario conflictual que la reconversión minera conformaba, precipita la aparición movilizadora de “las mujeres del carbón”. La voz de las mujeres modificaba las formas de expresión, las narrativas y los discursos hasta entonces planteados en el largo proceso de reconversión y reestructuración de las zonas mineras españolas, e incorporaba y visibilizaba dos planos en mayor medida en el discurso reivindicativo: el familiar y el comunitario.

Esta irrupción de actores y narrativas, desde la perspectiva de género, nos permite recapturar un mensaje nada nuevo pero como hemos visto axial, que da centralidad a la dimensión familiar siendo esta la que conforma los lazos que imbrican lo laboral con lo local, articulando una zona emocional que moviliza voluntades y activa solidaridades y que está en el centro de las movilizaciones mineras de 2012.

7. BIBLIOGRAFÍA

Aldecoa, S. (2008). *Los orígenes de las organizaciones obreras socialistas (UGT y PSOE) en la ciudad de Teruel (1900-1931)*. Zaragoza: Fundación Bernardo Aladrén.

Bericat, E. (2000). “La sociología de la emoción y la emoción en la sociología”, en *Papers*, nº 62, pp. 145-176.

Bernad, E. y Forcadell, C. (eds.), (2000). *Historia de la Unión General de Trabajadores en Aragón: un siglo de cultura socialista*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.

Bilbao, A. (1993). *Obreros y ciudadanos. La desestructuración de la clase obrera*. Madrid: Trotta.

Carbuni3n, Federaci3n Nacional de Empresarios de Minas de Carb3n (2006, 2011). Memoria anual.

Castells, M. (2000). *La era de la informaci3n: Economía, sociedad y cultura*. 2º volumen: “El poder de la identidad”. Madrid: Alianza Editorial.

Collins, R. (2009). *Cadenas de rituales de interacci3n*. Barcelona: Anthropos.

García García, J.L. (1996). *Prácticas paternalistas. Un estudio antropol3gico sobre los mineros asturianos*. Barcelona: Ariel.

Goffman, E. (2009). *La presentaci3n de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

González, J.J. (1989). “El discurso jornalero: desarticulaci3n de la conciencia de clase y p3rdida de identidad”, en *Agricultura y sociedad*, nº. 50, pp. 33-73.

Klandermans, B. (1994). “La construcci3n social de la protesta y los campos pluriorganizativos”, en E. Laraña y J. Gusfield (eds), *Los Nuevos Movimientos Sociales. De la ideología a la identidad*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociol3gicas, pp.183-220.

L3pez Jim3nez, A. (2001). “Paradojas de la identidad” en *La paz es una cultura*. Zaragoza: Departamento de Cultura y Turismo, pp.185-197.

Lucea Ayala, V. (2009). *El pueblo en movimiento. La protesta social en Arag3n (1885-1917)*. Zaragoza: Prensas Universitarias.

Luque Balbona, D. (2013). “Las formas de las huelgas en España 1905-2010”, en *Política y sociedad*, nº. 50, núm. 1, pp. 235-268.

Sanz Hernández, A. (2008). “Del riesgo laboral al riesgo social: notas sobre la mina, el territorio y la memoria”, en *Sociología del Trabajo*, nº 62, pp. 94-119.

Sanz Hernández, A. (2013). “Cierre de minas y patrimonialización: microrresistencias reivindicativas institucionalizadas”, en *Sociología del Trabajo*, nº 77, pp. 7-26.

Serrano Del Rosal, R. (2000). *Transformación y cambio del sindicalismo español contemporáneo*. Córdoba: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Shorter, E. y Tilly, Ch. (1985[1974]). *Las huelgas en Francia 1830-1968*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.

Redero, M. (1994). *Sindicalismo y movimientos sociales. Siglos XIX y XX*. Madrid, Centro de Estudios Históricos, UGT.

Shubert, A. (1984). *Hacia la revolución. Orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias (1860-1934)*. Barcelona: Crítica.

Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.

Tezanos, J.F. (1982). *¿Crisis de la conciencia obrera?* Madrid, Editorial Mezquita.

8. ANEXO: CÓDIGO DE LAS INFORMANTES CITADAS

Entrevistas:

E01: Ama de casa, cónyuge minero, entrevista Ariño- diciembre 2012.

E02: Ama de casa, cónyuge minero, entrevista Ariño- diciembre 2012.

E03: Técnica sindical, esposa minero, entrevista Andorra- noviembre 2012.

E04: Técnica medioambiental, entrevista Andorra- marzo 2013.

E05: Docente, ama de casa, entrevista Andorra- marzo 2013).

Grupos de discusión:

GD1 (Andorra, marzo, 2013):

Informante1 (I1): Ama de casa, cónyuge operario central térmica.

I2: Ama de casa, esposa minero.

I3: Empleada, hija minero.

GD2 (Andorra, marzo 2013)

I1: Mujer operario central térmica.

I2: Autónoma.

I3: Técnica comarcal.

I4: Empleada.

I5: Técnica municipal.

* * *

Alexia Sanz Hernández es Doctora en Sociología y Profesora Titular de Sociología en el Departamento de Psicología y Sociología de la Universidad de Zaragoza. Temas de investigación: identidad cultural, memoria colectiva, religión, empobrecimiento y pobreza, sociología de las organizaciones, movilización social.

María Esther López Rodríguez es Doctora en Sociología y Profesora Asociada de Sociología en el Departamento de Psicología y Sociología de la Universidad de Zaragoza. Temas de investigación: género, identidad cultural, empobrecimiento y pobreza, políticas públicas, minorías étnicas.